

5 de diciembre de 2021 - 2º domingo de Adviento "C

Ba 5:1-9; Fil 1:4...11; Lc 3:1-6

Homilía

Desde el principio de su Evangelio, San Lucas pone a los poderosos de este mundo en presencia de los débiles y los pequeños. La larga lista de personajes que aparece al principio del texto que acabamos de leer no es una simple demostración de erudición. Sitúa a Jesús frente a los poderes: el del Imperio Romano, representado por el emperador Tiberio y su gobernador en Judea, Poncio Pilato; el del príncipe títere de Galilea, Herodes y su hermano Felipe, y el de los líderes religiosos del pueblo judío, Anás y Caifás. Estos son los mismos tres poderes que conspirarán para matar a Jesús al final

Del lado de los pequeños, está Juan el Bautista, que no vive en palacios reales, sino en el desierto. Este desierto simboliza los cuarenta años en el desierto del pueblo elegido; y para describir la misión de Juan, Lucas utiliza la profecía de Isaías sobre el final del exilio de Babilonia.

Juan predicaba en el desierto de Judá, cerca de Jericó, no lejos de Qumrán. Ir de Jerusalén a Jericó en avión llevaría hoy unos minutos. Pero llegar por carretera en tiempos de Jesús era toda una empresa. Se trataba de descender varios centenares de metros desde la altura de Jerusalén hasta el nivel del Mar Muerto, utilizando caminos sinuosos a través de las majestuosas montañas del desierto de Judá, impresionantes en su desnudez, y peligrosas ya que cada curva era un lugar ideal para una emboscada. No es de extrañar, pues, que cuando Juan quiere llamar al pueblo a la conversión, las palabras que le vienen a la mente sean las del profeta Isaías: "Preparad el camino del Señor, enderezad su senda. Todo barranco se llenará, todo monte y colina se rebajará; los pasajes torcidos se enderezarán, los caminos torcidos se allanarán; y todo hombre verá la salvación de Dios." Este colorido lenguaje probablemente hablaba más a sus oyentes que a nosotros.

Cuando leemos hoy estas palabras de Juan, les damos fácilmente un significado moral, es decir, que debemos enderezar nuestros caminos, que debemos corregir nuestra conducta, que debemos dejar de hacer el mal y empezar a hacer el bien, etc. Todo esto es obviamente bueno; pero no creo que esto sea lo que Juan quiso decir. Juan utilizaba ciertamente este texto en el sentido que tenía en su contexto original, que era la descripción del novio corriendo por las

colinas hacia su amada, volando como si fuera sobre los valles y las colinas.

Además, las primeras lecturas de la misa nos ofrecen un sabor muy terrenal. Nos recuerdan que nuestra fe no es una creencia incorpórea en un Dios lejano. Es una fe encarnada, porque Dios se encarnó, vivió nueve meses en el vientre de María y comenzó su ministerio unos treinta años después en un momento concreto e identificable de la historia, en un lugar determinado.

Los hombres y las mujeres de hoy se enfrentan a dos tentaciones: la de perderse en el disfrute de la creación, hasta el punto de convertirse en esclavos de ella y olvidarse de Dios; y la de querer perderse en Dios en una unión tipo fusión, pasando por encima de la creación. Ceder a la primera tentación es una locura; ceder a la segunda es una ilusión.

La Carta a los Filipenses, tan rica en su proclamación de la humanidad de Dios, nos enseña el verdadero camino a seguir, que es el del amor, el amor no sólo al prójimo, sino a toda la creación: "En mi oración pido que vuestro amor os haga avanzar más y más en el verdadero conocimiento y en la perfecta perspicacia, para que podáis discernir lo que es más importante".

Como el novio del Libro de Isaías que corre al encuentro de su amada, con los pies apenas rozando las puntas de los montes, salgamos al encuentro del Cristo que viene a nosotros, con toda la frescura de los corazones enamorados y convertidos.

Armand VEILLEUX